

entendimiento mas profundo y habituado á reflexionar. Y ved ahí un medio dignísimo del Dios que instituyó el Evangelio, por ser sumamente proporcionado al plan y sistema de la Religion cristiana, que segun advierte san Pablo, tan obediente y sujeto quiere al entendimiento como al corazon : *in captivitate redigentes omnem intellectum* (1). En nuestra Religion todos son sabios ; pero ninguno puede vanagloriarse de serlo : el vulgo se halla instruído suficientemente para dar razon de la Fe que profesa, y el hombre de mayor entendimiento nunca llegará á penetrar y conocer profundamente sus misterios. Luego el medio de los milagros es un medio incontrastable. Cómo asi? porque siendo, como son innegablemente, los milagros obra del espíritu y virtud divina, síguese que toda doctrina acreditada y autorizada con milagros verdaderos, trae patentemente grabado en sí el sello de la divinidad : *in ostensione spiritus et virtutis* (2).

Recapacitad ahora dentro de vosotros mismos lo que sabéis acerca de la Religion cristiana ; la profundidad y oscuridad de sus misterios, lo riguroso de sus preceptos y doctrina : traed á la memoria todos los obstáculos de que acabo de hablaros, de nacimiento, de educacion, de preocupaciones, de costumbre, de política, de orgullo, de independencia, de respeto humano ; y al considerar esta religion combatida con tantos obstáculos, digo y arguyo así con san Agustin : ó la Religion ha superado tanto número de obstáculos con la autoridad y fuerza invencible de los milagros, y entónces queda evidentemente demostrada la verdad de ella, ó bien venció todas estas dificultades y obstáculos sin el auxilio de los milagros, y esto seria entónces un milagro todavía mas convincente : *esset omnibus signis mirabilibus*. No lo he dicho todo : no solo seria el mayor de los milagros que todo el mundo hubiese recibido la doctrina del Evangelio sin la persuasion y autoridad de los prodigios, sino que en cierto sentido seria un prodigio imposible y contradictorio. Queda sentado pues que este mundo, tan enemigo de la Religion, no pudo rendirse ni ceder sino á la voz de un hombre, ó por mejor decir á la voz de un Dios que hablaba por medio de milagros. De donde se sigue que la Religion no se ha valido de ninguno de aquellos medios, con que el hombre consi-

(1) II. *ad Cor.* c. 10. v. 5. (2) I. *ad Cor.* c. 2. v. 4.

que el fin de sus empresas en el mundo : *non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis*.

Concibe la Religion sus designios y se resuelve á la conquista del mundo ; y ¿entre quiénes os parece elige sus apóstoles y evangelistas? Eligelos entre los de condicion mas humilde, unos pobres pescadores, hombres de oscuro nacimiento, sin representacion ni autoridad alguna : estos son los maestros que elige para enseñar al siglo mas ilustrado, al siglo mas crítico. ¿Son estos algunos hombres, cuya vasta y profunda erudicion puede deslumbrar al pueblo, deslucir y eclipsar á los sabios, allanar los caminos á la fe y creencia de la nueva doctrina, manifestando lo infundado y erróneo de las antiguas opiniones? Antes son unos hombres que no saben otra cosa que á Dios crucificado, á quien predicán, y hombres por consiguiente no ménos á propósito para exasperar la sábia delicadeza del mundo con lo que profesan ignorar, que para irritar la concupiscencia de este mismo mundo con lo que intentan enseñarle : *nisi Jesum Christum, et hunc quidem crucifixum* (1). ¿Son á lo ménos algunos maestros consumados en el arte de persuadir y de convencer, artificiosos, que solo van manifestando por grados su sistema, que por la parte por donde flaquea, lo fortalecen con ratiocinios sutiles y capciosos, que ya que no pueden cimentarle con verdades, lo sostienen con verisimilitudes, y que suplen la falta de luz con vislumbres esparcidas con sagacidad? Por el contrario son unos hombres ingenuos y sencillos, que ni usan de disimulo ni disfraz alguno ; que proponen y explican su doctrina ingenuamente y sin reserva alguna, y confiesan altamente que su predicacion es locura para la sabiduría humana : *gentibus autem stultitiam* (2); y que á las dificultades no satisfacen con otra respuesta que exhortando á venerar los profundos consejos de Dios, mandando creer aquellas cosas que ellos no pueden explicar ni dar á entender : *O altitudo, etc.* (3). ¿Son acaso unos hombres en quienes las pasiones suplen y hacen oficio de talentos y de suficiencia? Antes no conocen en el mundo otra conveniencia propia ni otro interes que el del Evangelio, pues no faltándoles valor para no temer nada en el mundo, ni instruccion ni conocimiento para no esperar nada de él, saben con toda certidumbre que siendo víctimas destinadas á la muerte

(1) I. *ad Cor.* c. 2. v. 2. (2) I. *ad Cor.* c. 2. v. 23. (3) *Rom.* c. 11. v. 33.

segun la sentencia del Dios á quien adoran, se hallan en el continuo é inminente peligro en que el ciego furor de Israel creará ofrecer al Señor un sacrificio aceptable, si sobre la sangre del Maestro derrama la de los discípulos: *venit hora ut omnis qui interficit vos, arbitretur obsequium se praestare Deo* (1). ¿Son acaso hombres de una profunda política, que tienen artes y facilidad para conciliarse el amor del pueblo con halagüeñas promesas y con la lisonjera esperanza de alguna revolucion en que mejoren de fortuna? Ninguna otra cosa prometen sino lo mismo que les han prometido á ellos, á saber, lágrimas y cruces, ni aplican otro remedio á los pobres y á los que padecen infortunios, sino el sufrimiento y el amor á las calamidades: *beati pauperes... beati qui persecutionem patiuntur* (2). ¿Son acaso sagaces, halagüeños, dobles, que solicitan y adquieren el patrocinio de los grandes, adulándoles desvergonzadamente sus pasiones? Con la Iglesia de Tesalónica atestiguaba san Pablo, y desafiaba á la calumnia, que supuesto que á nadie perdona, le diese en rostro si podia, con el vicio de la vil adulacion y de la indecente condescendencia: *neque enim aliquando fuimus in sermone adulationis* (3). Eran verdaderos padres solamente de los pobres despreciados, de los inocentes oprimidos, y reservaban y fulminaban solo contra los ricos y poderosos las amenazas y anatemas: *vae vobis divitibus... plorate ululantes in miseriis vestris* (4). ¿Son acaso personas activas, inquietas y bulliciosas, con cuyos turbulentos ímpetus se disimula y condesciende, porque se las teme? Débiles eran al principio los apóstoles, medrosos, cañas quebradizas que se doblaron al primer amago de la tempestad, y no se mostraron valerosos sino despues de la muerte de Jesucristo: y ¿cómo manifestaron su intrépido valor? Animosos en ofrecer el cuerpo á las persecuciones, é inalterables y gozosos cuando las padecen, no saben sino sujetar la cerviz al acero de los tiranos, compadecerse de su ceguedad, amar sus personas, orar y morir. ¿Son acaso hombres á quienes el numeroso pueblo que los sigue, hace temibles á la prudencia política que tan fácilmente se asusta y consterna de todo? No hay lugar á este temor, porque no estaban reunidos en una misma nacion todos los apóstoles, de modo que siendo simultánea la conversion de los discípulos de cada uno,

(1) *S. Juan. c. 16. v. 2.* (2) *S. Matth. c. 15. v. 10.* (3) *I. ad Thessal. c. 2. v. 5.* (4) *I. S. Luc. c. 6. v. 24, Ep. S. Jacob. c. 5. v. 1.*

pudiese asustar su número; sino que se hallaban separados entre sí por medio de diversas regiones y mares, y solo los unia la caridad, el zelo y el ejercicio uniforme de las virtudes mas pacíficas y benéficas. ¿Son acaso hombres condescendientes y conciliadores de opiniones, que toman algo de todas para subyugar los entendimientos? En ellos mas que en persona alguna de Israel se cumplió á la letra aquel vaticinio de que el hijo de Abraham seria enemigo de todas las naciones, y todas las naciones serian enemigas suyas: *manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum* (1). El judío y el gentil, el griego y el bárbaro, el romano y el extranjero, la sinagoga y las naciones, las fábulas del oriente y las supersticiones del occidente, las preocupaciones del pueblo y los sistemas de los sabios, las sutilezas de los peripatéticos, las dudas de los platónicos, la hinchazon y soberbia de los estoicos, los dioses de todas las naciones, todos, todos intiman la guerra contra los apóstoles, y los apóstoles la intiman contra todos: *manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum.*

¡Con que doce hombres únicamente, un Pedro, un Pablo, doce hombres, repito, humildes, pobres, plebeyos, sin ciencia, sin disposicion, ni arte para hablar, para agradar, para deslumbrar, para captar la benevolencia ni para infundir temor, hacen frente á todo el universo! Al considerar pues, que poco despues de presos y martirizados estos primeros maestros del cristianismo, á quienes suceden unos cuantos discípulos educados y aguerridos en su escuela, se rinde el mundo entero en el discurso de algunos siglos, despues de las mas serias reflexiones, del exámen mas crítico y riguroso, de las mas porfiadas resistencias, de los odios mas crueles, de los desprecios mas mortificativos, y de las mas sangrientas persecuciones, dando asenso á una Religion llena de misterios incomprensibles, abrazándola y creyéndola con tal firmeza, que los mismos conversos la predicán despues, y dan testimonio de ella derramando su sangre; pregunto (y no temo que la incredulidad me lo niegue en lo interior de su razon y de su corazon, si lo examina y piensa bien) la Fe católica promulgada y establecida en el mundo tan maravillosamente, ¿no es ella misma un milagro, y milagro extraordinario? Porque decir que la Religion se ha es-

(1) *Gen. c. 16. v. 12.*

tablecido en el mundo y hallado asenso en los hombres, sin el auxilio de milagros y prodigios que acreditasen su divino origen, es un caso imposible, que solo podrá creerle la ceguedad y deslumbramiento que nada ve, ó la insolencia y calumnia que se atreve á negar y desmentir lo mismo que está viendo.

Acabádo de comprender, amados oyentes míos; es un prodigio que despues de tantas oposiciones y resistencias haya podido el mundo deponer una creencia general, halagüeña y acomodada á la carne y á la sangre, autorizada por la antigüedad, por la política, por el interes del estado y del corazon humano, y adoptar en lugar de ella otra creencia nueva y extraña, que humilla al hombre y le reprime; y los apóstoles no pudieron ofrecer ni valerse de otros atractivos, ora reales ó fabulosos, ora verdaderos ó supuestos, que de sus prodigios y milagros: *non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis*. Luego vió el mundo, ó creyó á lo ménos ver milagros; y qué milagros? milagros que tenían bastantes indicios de ser obra del Dios que es árbitro y hacedor de la naturaleza; milagros tan incontrastables, que la vista mas lince no descubria en ellos resabio alguno de ficcion ni engaño, ni vestigio de ilusion ni mentira. El mundo, repito, vió milagros, ó creyó á lo ménos verlos; luego los vió efectivamente, porque semejantes milagros nadie los remeda, y Dios sabe imprimir en sus obras un carácter que nunca acertará á imitar la mano del hombre. Vió en efecto el mundo milagros, porque no se engañan los hombres en la creencia de unos hechos en que tanto les importa no engañarse; ni los creen sin verlos, cuando tienen tanta repugnancia en creerlos; y aun apénas los creen viéndolos, especialmente cuando creyéndolos, se han de apartar de cuanto aman, y sujetarse á todo lo que temen: luego no es posible que se rindiese el mundo sino á la multitud y á la evidencia de los milagros.

Segun queda manifestado, las preocupaciones de nacimiento y educacion, las de costumbre y antigüedad, las de política y autoridad, las de opiniones y sistemas; las contradicciones del orgullo y vanidad, de independenciam y libertad; las de raciocinios, y en algun modo de la razon misma que se amedrentaba y exasperaba por la oposicion aparente que con ella tenían los dogmas y misterios del Evangelio; las ideas recibidas y acreditadas, y los intereses del entendimiento, todo esto, ó casi todo

se declaró de concierto contra la Religion: luego no se estableció ni pudo establecerse en el mundo, sino por haber resultado de la autoridad incontrastable de los prodigios y milagros una verdad tan convincente, que triunfó de todas las contradicciones, de todas las resistencias, de todas las preocupaciones, y de todos los intereses del entendimiento. De donde se sigue que ni se estableció ni pudo establecerse la Religion en el mundo, sino venciendo obstáculos é impedimentos que solo Dios podia allanar. Con que habéis visto que la Religion católica es obra del Dios de sabiduría y de luces, que señorea el entendimiento y los juicios de los hombres. Ahora veréis que el establecimiento de la Religion es obra de aquel Dios de las virtudes y de la santidad, que domina el corazon y voluntad de los hombres.

PARTE SEGUNDA.

Para hacer debido concepto de este nuevo triunfo que Jesucristo consigue del mundo, examinemos qué es lo que la doctrina del Evangelio exigia del corazon humano, y qué motivos compeliéron al corazon humano á seguir la doctrina del Evangelio; ó mas bien examinemos solamente el corazon del hombre en su resistencia á la Religion cristiana, y en su sumision y rendimiento á esta misma Religion, analizando la fuerza y grandeza de su resistencia, y los motivos é impulsos de su obediencia y sujecion; porque estos dos rayos de luz nos descubrirán la mano poderosa que intervino en el establecimiento y promulgacion de la doctrina del Evangelio, y nos manifestarán la gloria y el triunfo del Dios que domina el corazon y voluntad de los hombres.

No dudo que en la victoria que la Religion consiguió de las preocupaciones é ideas con que el mundo se negaba y resistia á recibir la fe de los dogmas y misterios del Evangelio, habréis conocido el influjo del dedo de Dios. Por grande sin embargo y por divino que se os haya representado este triunfo de nuestra santa Religion, no es sino la menor parte de su gloria. La resistencia del entendimiento nada supone comparada con la del corazon. Un error que halaga con el deleite, ó lo promete, se representa tal vez como mas verdadero que la verdad misma. De modo que si la Religion católica estribase y se redujese á

meras y sencillas especulaciones, no me asombraría yo tampoco de los rápidos progresos con que se propagó en el mundo, pues el hombre presta su fe y creencia sin gran dificultad ni empeño, cuando se le perdona y se le deja intacto el dominio de sus pasiones y el señorío de su conducta.

Pero si los milagros de la Religión son superiores al hombre, no lo es ménos la doctrina del Evangelio. Y aquí es, amados oyentes míos, donde preveo vuestro asombro al oír la grandéza y divina excelencia de las cosas que voy á referir. No hablo con vosotros, hombres altaneros y presuntuosos, que sin maestro y sin guía alguna andáis intrincados y vagando segun el anejo de vuestros deseos en el laberintó de vuestras opiniones y sistemas; y ¡ojalá que el único impedimento que halla la fe en vosotros, sea solo esta presuncion, y que esa ciencia hinchada no sea el velo que la hipocresía tiende sobre la muchedumbre de vuestros vicios! Con vosotros hablo, que sois tan dóciles en el ejercicio de las virtudes que la Religión pide, como en creer la doctrina que ella enseña, y que cuanto mejores cristianos sois, mas experiencia tenéis de lo mucho que cuesta serlo. Si el yugo pues de la doctrina moral del Evangelio se hace duro á las almas criadas y nutridas con los principios y máximas de la Religión, habituadas desde sus primeros años á reprimir sus deseos y malas inclinaciones, á las almas á quienes la soledad y el retiro liberta de tantos peligros, precave de tantos lazos, defiende de tantas ocasiones; si tal vez la Religión experimenta dificultad en conservarse en corazones, que por explicarme así nada le disputan; si se halla el hombre á veces cercado de tal oscuridad y tinieblas, que para eximirse de las duras leyes que impone, se siente tentado de dudar de sus verdades, ah! ¿cómo se le representaría á un mundo adorador todavía mas ciego de sus pasiones, que de sus dioses?

Porque en fuerza de una fatal y mutua comunicacion de errores y de vicios, el entendimiento habia consumado la obra de depravacion del corazon, á que el mismo corazon habia dado principio, y todavía mantenía y perpetuaba la ceguedad y engaños del entendimiento, pues hasta que el hombre se olvidó de sí mismo, no llegó á olvidarse de Dios. Los ídolos del corazon fueron los autores y artífices de los ídolos de los templos, y el oficio de la poesía no fué otro que suministrar el adorno de las fábulas, y los embelesos halagüeños de sus agradables

ficciones para encubrir y paliar con nombres fingidos de fantásticas deidades el culto que las pasiones se tributaban á sí mismas. Juliano, Celso y Porfirio, defensores de la supersticion que ya espiraba, procuraron con grande estudio encubrir y disimular la vergüenza y la ignominia de sus escandalosas divinidades. Pero Arnobio, Lactancio, Eusebio y el grande Agustino les probaron que la idolatría no era otra cosa que la concupiscencia humana colocada en las aras, esto es, el odio, la ira, la venganza, el engaño, la alevosía, la ambicion, la sensualidad, que junto con el imperio de la tierra, habian usurpado el del cielo. ¿Qué pasiones pues dejarían de satisfacer por vergüenza unos hombres que no la tenían de adorarlas?

No esperéis que conforme pedía la impetuosa corriente de aquel río de abominaciones que inundó la tierra, os manifieste yo que estaban casi desterradas del mundo la honradez, la humanidad y la vergüenza. Bastará la descripción de una sola ciudad, para que entendáis la suma disolucion á donde llegaron las demas naciones. Registrad la señora y capital del mundo: Roma, aquel centro de la grandeza, de la potencia y de las riquezas, Roma perdió todas sus virtudes conquistando el imperio del universo; y siendo mas los vicios de que quiso hacerse esclava voluntaria, que los reinos que sujetó, no parecia sino que los pueblos vencidos se vengaron y apresuraron la ruína del pueblo vencedor, comunicándole sus pasiones. ¡Qué descripción tan individual y tan horrorosa nos hacen los autores gentiles de las costumbres y vicios de su siglo! La misma libertad con que los pintan, es argumento de la disolucion con que se comían. La adulacion mas vil y vergonzosa, la altanería mas indómita, la codicia mas infiel, las venganzas mas crueles: la ambicion mas desaforada, la sensualidad mas disoluta y escandalosa; veíanse modelos de los mayores vicios tanto en el trono, como en el altar; los césares imitaban miéntras vivían el ejemplo de aquellas deidades, de cuyos divinos honores participaban despues de muertos; y para asemejarse mas perfectamente á sus dioses, no conservaban nada de hombres.

Gran Dios, árbitro y señor de los corazones, volvéd vuestros compasivos ojos á la obra de vuestras manos; reconocéd en la muchedumbre de vuestras misericordias á este pueblo, ya que él no os conoce á vos; hacéd alarde y ostentacion de todo vuestro poder, y de todos los tesoros de vuestra gracia; que bien

son aquí necesarios. Pero qué es lo que observó? qué novedad es esta? Al modo que Jonas entró en Nínive, veo que Pedro y Pablo se van acercando hácia Roma. Nos atreveremos á preguntarles con el Crisóstomo, ¿qué fin los lleva, qué esperanza los alienta? Entran resueltos nada ménos que á intimar y publicar el Evangelio de Jesucristo. Cómo es esto? ¿á predicar en una ciudad soberbia y ambiciosa un Evangelio de humildad; en una ciudad llena de odios y venganzas un Evangelio de paz y caridad; en una ciudad entregada al fausto y al lujo un Evangelio de modestia y de sencillez; en una ciudad avarienta y codiciosa un Evangelio de pobreza y desasimiento; en una ciudad sensual y lujuriosa un Evangelio de penitencia y mortificación?

¡Ay, qué tempestades y tormentos se fraguarán contra estos santos apóstoles! quién podrá serenarlas? Pero ¿quién podrá serenarlas sino aquel Dios omnipotente, que no solo señorea los vientos y las olas, sino que tiene en su mano el corazón de los hombres? Ya oigo que las pasiones furiosas y desmandadas rugen y braman. Quéjase la ambición de que la despojan de sus proyectos, de sus ideas, de sus sueños, de sus agradables fantasías; la política, de que la privan de sus negociaciones, de sus máquinas, de sus artificios, de sus adulaciones; el orgullo, de que lo desnudan de su fausto, de sus altanerías, de sus ademanes y aires de imperio y autoridad; la vanidad, de que la desapropian de sus ocultas preferencias, de los obsequios que ella tributa, y que quiere que se tribute á su mérito; el odio, de que no le dejan libertad para desahogar sus despechos, sus acrimonias, sus rencores; la venganza, de que le arrebatan sus furores, sus traiciones, sus perfidias; el amor al interés, de que le hacen cargo y le imputan á pecado sus nimias diligencias, sus recelos y solícitas precauciones; la ociosidad, de que la obligan á salir de su indolencia, de su reposo y de su soñolencia; el deleite, de que le privan de sus pasatiempos, de su lujo, de sus festines y teatros; la sensualidad, de que la precisen á avergonzarse de la vehemencia de sus deseos, y de la embriaguez de sus locas y pecaminosas alegrías. Vese la ambición condenada á abatirse, la política á manifestarse, la soberbia á humillarse, la vanidad á despreciarse, el odio á amar, la venganza á perdonar, el interés á desasirse, la ociosidad á trabajar, el deleite á mortificarse, la lujuria á tomar venganza de sí y casti-

garse con lágrimas y rigurosas penitencias; el amor propio á olvidarse de sí mismo y á renunciar á todos sus derechos.

Hase de habituar y enseñar á los grandes á no serlo, sino para beneficio del pueblo; y á los ricos á no usar de sus riquezas, sino para beneficio del pobre; los plebeyos han de aprender á estimar su condición humilde, los pobres su necesidad, los reyes á reputarse hombres, los súbditos á venerar el poder y hasta los antojos de sus superiores; los jóvenes á mirar como enemigas las diversiones y la ociosidad; las mujeres á desterrar el lujo y los atavíos; el cortesano á preferir á Dios al César; el político á temer ménos una caída y una calamidad, que un pecado que le haria venturoso; el comerciante á despreciar los intereses por la salvación; y el soldado á ser mas escrupuloso en punto de la conciencia, que en puntos de honra y fama. Vanse á introducir nuevas ideas, nuevas nociones, nuevas costumbres, nuevas inclinaciones; ó por mejor decir, ideas contrarias á cuanto se piensa, nociones contrarias á cuanto se sabe, costumbres contrarias á cuanto se usa, inclinaciones contrarias á cuanto se aprecia y ama en el mundo profano: vanse finalmente á criar unos nuevos hombres y un mundo nuevo.

No es pues solo el entendimiento el que armado de sus preocupaciones, de sus dudas, de sus sistemas examina la Religión, pondera sus pruebas, juzga de sus milagros, abulta y encarece sus dificultades, sino que tambien ejerce este juicio el corazón con todos sus deseos, con todas sus pasiones, con todos sus apetitos; el corazón repito, y un corazón á quien importa sumamente no admitir el Evangelio; pero sin embargo de tanto imperio y de tanto interés, este corazón se rinde, cede y acepta la ley. Ay, cristianos! ¿por qué parte juzgaremos que flaquea una Religión que salió victoriosa del exámen, de las averiguaciones, sutilezas y sofisterías de un corazón exasperado, apasionado y enardecido? ¿Qué religión será ni podrá llamarse divina, sino la que ejerce sobre el hombre mayor poder y dominio, que el que ejerce en él su mismo corazón? Unamos lo que no debe separarse: ¿qué Religión será ni podrá llamarse divina, sino la que ejerce mayor imperio sobre el hombre, que el hombre mismo, y su entendimiento movido por el corazón, y su corazón ayudado por su entendimiento? ¿Cuál pues habrá sido el motivo y el impulso tan poderoso, que substituyó tanta docilidad á tanta resistencia?

Incrédulos, que os preciáis de tan sagaces en penetrar los senos mas ocultos del corazon humano; vosotros que por no querer ver á Dios donde claramente se muestra, os figuráis y suponéis al hombre donde no se halla, explicádnos el misterio de un mundo rendido á la ley y yugo de la doctrina del Evangelio. ¿Atribuiréis su obediencia y sujecion á alguna de las pasiones, de los afectos y de las inclinaciones naturales del hombre? Señaládnos pues de cuantas pasiones tiene el hombre, cuál es la que lisonjea la Religion cristiana, ó la que es lisonjeada de ella; y la que no la impugna, ó no es impugnada por ella. Ay, amados oyentes míos! Bien notorias son y sabidas las fuentes donde bebe el libertino, y de donde saca sus contradicciones contra el Evangelio. Siempre hay cierta inclinacion secreta que se burla de la miserable razon. Los sistemas mas rigurosos y severos se reservan y concilian una pasion de que se valen para dominar las demas pasiones, que es ó el orgullo, ó la vanidad, ó el amor de la independenciam. Finalmente bien conocemos el corazon que forma al incrédulo; pero el corazon que forma al cristiano, y aquel Evangelio que penetra hasta lo mas íntimo del alma para consumir y desarraigar en ella lo que hay de mas delicado, de mas amable y de mas precioso en el hombre, su amor propio, la fruicion y vana confianza de sí mismo; el corazon que se inclina á recibir este Evangelio, pregunto, ¿se hallará en el hombre entregado á su concupiscencia? Si hay algun corazon que lleve y incline á Jesucristo, no puede ser otro que un corazon donde reinen la modestia y humildad, el desasimiento, la abnegacion de sí mismo, el desinterés y la caridad, el amor á la penitencia y á la mortificacion. ¿Quién ignora pues que para formar un corazon con estas calidades, es indispensable empezar reprimiendo las inclinaciones viciosas del propio corazon? O filósofos, ántes engañadores, que engañados, no ignoráis por cierto, aunque no lo queráis confesar, que el principio del libertinaje es un corazon rebelde á las lecciones de la verdad; y que un consentimiento de la verdad tan pleno que triunfe del corazon y de todas las pasiones, es únicamente lo que puede determinar al hombre á sujetarse y confesar el Evangelio.

¿Atribuiréis á la fuerza y vigor de la razon humana esta prodigiosa conversion del mundo? Pero ¿qué tales eran, ó gran Dios, las fuerzas de la razon humana, tan poderosa y aplaudida

en el mundo, ántes de la publicacion del Evangelio! Dos escuelas de ciencias y de doctrina moral competian entónces por el imperio y gloria de la enseñanza. En la una se daban lecciones para adquirir virtudes de indolencia, de inaccion, de delicadeza y pereza sensual, donde no se presentaba al corazon sino incentivo del deleite, ni el entendimiento bebia sino documentos para perpetuar el gusto del deleite. En la otra se enseñaba una sabiduría áspera, inflexible, arrogante, desdenosa, maquinadora y partidaria. Teniendo locamente por dogma el poder quimérico del destino ó del hado, á quien hacian señor del cielo y de la tierra, de los dioses y de los hombres, mas se empleaba en inventar disculpas para excusar el vicio, que en dar lecciones para obrar bien; porque su estudio era manifestar tanto en el vicio como en la virtud, y en la adversidad como en la prosperidad, los caprichos crueles y extravagantes del ciego fatalismo. Léjos pues de que los dogmas y lecciones de semejante filosofía preparasen y allanasen el camino para recibir el Evangelio, no dudo asegurar que le fué acaso mas difícil á la Religion triunfar de las aparentes virtudes del mundo, que de sus vicios y de los sueños de su razon ilusa, que del frenesí de sus desordenadas pasiones y concupiscencias.

Diréis acaso que no dejó de hallar la Religion algun auxilio y apoyo en el fondo de aquella pura y verdadera razon, la cual no alcanzan jamas á destruir los delirios del entendimiento ni del corazon, y lo mas que pueden hacer, es adormecerla é imponerle un alto silencio. Mas ¿cuál es la causa que de repente dispertó esta razon sepultada en tan profundo sueño? cuál es la causa de que solo dispertase á la voz de Pedro y Pablo? ¿cómo pudieron unos hombres sin autoridad, sin poder alguno difundir por la redondez de la tierra aquella luz refulgente, que les fué maestra de todas las virtudes? ¿Cómo consiguieron trazar, explicar é introducir aquel plan de sabiduría sublime y de heroicas virtudes, que no llegaron á alcanzar los mas elevados ingenios con todas sus sutilezas y discursos? Y ¿no es esto, por resistirse ciegamente á confesar un milagro, venir á confesar otro mayor y mas estupendo, el milagro digo de que habla san Ambrosio, cuando dice, que la ciencia de unos pescadores que no entendian mas que de sus barcas y redes, ha confundido y tratado de locura la sabiduría de los filósofos que en las academias de Roma y Aténas tanto se ejercitaban? *Scientia*